

# Historias del americanismo antropológico español. Revisión y reflexiones en torno a su periodización<sup>1</sup>

Histories of Spanish anthropological Americanism.  
Review and reflections about its periodization

**Eva Sanz Jara**

Departamento de Antropología Social  
Universidad de Sevilla  
esjara@us.es

**Resumen:** En el presente artículo abordaremos el americanismo antropológico español a través de la revisión de varias obras que trazan su historia, centrándonos en las periodizaciones que se establecen para estudiarla. Reuniremos la principal información que nutre las distintas etapas de estas periodizaciones y la volcaremos en una propia, que abarca las demás y que será completada con sugerencias bibliográficas producto de una exhaustiva revisión de la literatura sobre la historia de la antropología americanista española. Por último, reflexionaremos sobre algunas importantes implicaciones para la historia de la antropología española que se deducen del estudio de las periodizaciones.

**Palabras clave:** historia, antropología americanista, americanismo español, periodizaciones.

**Abstract:** In this article we will treat Spanish Anthropological Americanism through the review of several works that draw its history, focusing on the periodizations that are established to study it. We will collect the main information that nourishes the different stages of these periodizations and we will turn it into our own, which covers the others and which will be completed with bibliographic suggestions as a result of an exhaustive review of the literature on the history of Spanish Anthropological Americanism. Finally, we will reflect on some important implications for the History of Spanish Anthropology that are deduced from the study of periodizations.

**Keywords:** history, anthropological Americanism, Spanish Americanism, periodizations.



---

<sup>1</sup>Este artículo ha sido elaborado en el marco del Grupo de Investigación «Transformaciones sociales y culturales en Andalucía y América (TSCAA)» (código SEJ177) de la Universidad de Sevilla, del que la autora forma parte. Agradezco a Inmaculada Simón Ruiz sus valiosos comentarios sobre la versión preliminar de este texto.

## 1. Las historias de la antropología americanista española

La historia de la antropología americanista española puede ubicarse, dentro del campo de conocimiento más amplio de la historia de la disciplina antropológica en España, como uno de sus principales desarrollos junto con la antropología abocada al interior, a los pueblos de España. Resulta pertinente este artículo porque el recorrido histórico de lo propio ha sido más investigado<sup>2</sup> que el del americanismo, que está relativamente poco trabajado. Además, resulta aún más pertinente porque, como afirma Carmen Ortiz (2003), la historia de la antropología española cuenta una trayectoria de la disciplina que deja fuera al americanismo.

Varios autores/as se abocan a la realización de historias de la ciencia antropológica americanista a lo largo de todo su recorrido. Sin embargo, como es lógico, existe un número mucho mayor de obras dedicadas al estudio de esta temática de manera más parcial: que abordan períodos menores o aspectos o figuras concretas. A continuación, revisaremos en profundidad las más relevantes de la primera categoría mencionada, ordenadas cronológicamente por fecha de publicación, desde 1992 hasta 2018. Y en los epígrafes posteriores, que se ocupan de las distintas etapas de la periodización que proponemos, iremos apuntando en notas al pie bastantes de las obras pertenecientes a la segunda categoría citada, ubicándolas dentro de los epígrafes que se hacen cargo de los periodos cronológicos a los que corresponden. La historia de la antropología americanista española no es un tema ampliamente estudiado. Pocas investigaciones se han dedicado a ella de modo abarcador, intentando plasmar la trayectoria de la disciplina en nuestro país de manera completa. Y además los trabajos abocados a ello no tienen una continuidad temporal. Encontramos, salpicadas por abundantes obras dedicadas a temas más concretos o espacios de tiempo menores, un puñado de historias del americanismo antropológico español. La primera está narrada por uno de sus principales protagonistas, José Alcina, y data de casi treinta años atrás, y la última, con una antigüedad de solo tres años, es una exhaustiva tesis doctoral de Ignacio Domínguez. Entre ambas nada más podrían encontrarse unas pocas obras, algunas más si nos conformamos con trabajos más parciales en cuanto a su temporalidad o dedicados a temas o personajes particulares, que datan de la segunda mitad de la década de 1990 y de la de 2000. Pasemos a revisarlas.

Alcina, en «Historia de la antropología americanista» (1992), aunque propone unos orígenes del americanismo hispánicos en el «descubrimiento» para Europa y posterior colonización de América, así como europeos en el último tercio del siglo XIX, afirma que en España la dedicación académica a América se origina en la década de 1930. De ahí que en este momento inicie la primera de sus etapas, el «período republicano (1928-1935)». Seguirán a esta otras tres: «exiliados y emigrados (1939-1989)», «guerra civil y posguerra (1936-1968)» y «las nuevas generaciones (1968-1988)». Por su parte, Sandra Rebok, en «Americanismo, ciencia e ideología: la actividad americanista española a través de la historia» (1996), plantea una periodización que incluye un lapso temporal más amplio y se divide en siete fases: «contacto y descubrimiento (1492-1600)», «recopilación (1600-1750)», «grandes viajes científicos (1750-1862)», «formación (1862-1928)», «consolidación (1929-1939)», «división (1940-1965)» y por último «renovación (1965-1992)». Asimismo, la autora aborda la polémica sobre los orígenes del americanismo antropológico español, que nosotros también trataremos. Mònica Martínez y Gemma Orobitg, en «A modo de introducción: breve genealogía intelectual de la antropología americanista en el estado español» (2015), sitúan los comienzos de su «genealogía intelectual» en la segunda mitad del siglo XX, con Alcina y Claudi Esteva. Siguen esta tónica de organizar su clasificación en torno a estas dos principales figuras de la disciplina antropológica americanista en España, aunque van incorporando otros muchos nombres en relación con ellos. Se trata de una organización geográfica, que bascula entre Madrid, Sevilla y Barcelona, en lugar de propiamente temporal, en torno a Esteva y Alcina. Por último, Domínguez, en *Historia de la antropología americanista española (1892-1992)* (2018), parte en su periodización de 1892 para finalizar en 1992: un siglo por tanto de americanismo antropológico español. El autor divide estos cien años en las siguientes etapas: «inicios de la antropología americanista (1892-1936)», «americanismo antropológico de preguerra, la II República (1931-1939)», «franquismo (1936-1964)» —dentro de la etapa anterior se encontraría el apartado dedicado al exilio— y, para finalizar, «“renacimiento” de la antropología española (1964-1992)».

<sup>2</sup> Podemos mencionar a Joan Prat como uno de los principales estudiosos de la historia de la antropología española (1983, 1992, 1994, 1999, 2004).

## 2. Propuesta y desarrollo de una periodización

Recogiendo las divisiones en etapas de la historia de la antropología americanista española que los distintos trabajos señalan, proponemos de manera recopilatoria, abarcando lo incluido en las restantes, la periodización que sigue, que desarrollaremos en base a los principales datos que recogen los autores/as cuyas obras hemos reunido en el epígrafe anterior. El conjunto de períodos que consideramos que conforma la disciplina en nuestro país es el que sigue: uno de primeros orígenes, que se desarrollaría hasta la mitad del siglo xix; a continuación, otro que iría de la segunda mitad del siglo xix al primer tercio del xx; después, un tercero que abarcaría las décadas centrales del siglo xx; y uno último que se extendería por las décadas finales del siglo xx.

### 2.1. *Primeros orígenes, hasta la mitad del siglo xix*

La mayoría de obras revisadas considera que la antropología americanista española comienza después de la mitad del siglo xix. La fecha predominante de comienzo se sitúa en 1892, coincidiendo con el IV Centenario del descubrimiento de América para los europeos. El trabajo de Rebok (1996) sería excepcional en cuanto que presta atención al tiempo previo a la mitad del siglo xix. Para ella, de hecho, ocupa tres fases. La primera de ellas, «de contacto y descubrimiento (1492-1600)», inicia con el conocimiento europeo de América, desconocida para Europa hasta entonces. Es en este contexto que Rebok habla de «interés científico» por las culturas prehispánicas. Interesaban en esta primera fase la naturaleza y también el ser humano. La perspectiva, inevitablemente, era la europea. Con lo conocido en el Viejo Mundo se comparaba todo lo que se encontraba en el Nuevo. Los protagonistas de esta fase fueron soldados, misioneros y personas de la administración real, cada uno de ellos con sus diferentes intereses. Como derivación de ellos, fueron temas prioritarios: las religiones indígenas en relación con la evangelización, las lenguas por motivos pragmáticos de entendimiento, y el funcionamiento de las sociedades para una más fácil imposición del orden colonial. Asimismo, la «capacidad del indio» y en relación con ella su origen, así como su defensa frente a los maltratos ejercidos por los europeos que ya se denunciaban en esta temprana época, eran temas también recurrentes. Fueron estudiosos destacados de estos primeros años Bartolomé de Las Casas, Bernardino de Sahagún o José de Acosta. Como conclusión, afirma la autora que estos comienzos del americanismo están marcados por el uso de la etnología como «arma de conocimiento para la explotación de las colonias» (1996: 84).

El que para Rebok sería el segundo período, «de recopilación», se describiría así: «Esta etapa se puede considerar como una fase de revisión y reorganización de las informaciones que se habían conseguido en el siglo anterior» (1996: 84). De esta manera, los estudiosos revisaron lo escrito por los cronistas de la etapa previa, lo recopilaron e introdujeron los cambios acaecidos. De aquí se deduce que las temáticas de interés son similares entre los dos primeros períodos: destaca de ellas la «naturaleza» de los indios, cuestión que trajo consigo abundantes debates de carácter filosófico en torno a las figuras del «buen y el mal salvaje». Puede por último afirmarse que los misioneros de esta época constituyeron un puente entre los cronistas anteriores y los científicos que vendrían a continuación, en la fase tercera de la misma autora, la «de los grandes viajes científicos». Estamos hablando del período ilustrado, en el que el afán de modernización convive con la fascinación por lo exótico. Y América entra claramente dentro de esta última categoría. Para ambos propósitos, la modernización y el conocimiento de lo exótico, así como también con fines estratégicos, se financian por parte de la monarquía y también de otras instituciones, gran cantidad de viajes científicos en esta etapa, muchos de los cuales tienen como destino América. Aunque la población americana no es el principal interés de la mayoría de estas expediciones, sí lo es para algunas, como la de Alejandro Malaspina, que tiene lugar entre 1789 y 1794<sup>3</sup>. Estos viajes científicos del xviii e inicios del xix sentarán las bases para el americanismo científico de la segunda mitad del xix. Pero afirma que habrá que esperar para ello a que España asuma la independencia de las repúblicas americanas, lo que no sucederá hasta la década de 1860.

<sup>3</sup> Sobre la expedición Malaspina puede consultarse: Puig *et alii*, 2010. Y particularmente acerca de sus aspectos antropológicos: González, 1990, 1996; Monge, 2002.

## 2.2. Segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del siglo XX

Continuaremos con la periodización de Rebok, que denomina a su etapa correspondiente al tiempo transcurrido desde la segunda mitad del siglo XIX al fin del primer tercio del XX, «fase de formación (1862-1928)». Decíamos que en la década de 1860 España finalmente asumió las independencias americanas, y es precisamente este hecho lo que da inicio al período. Podría situarse ese origen en la Expedición Científica del Pacífico, que partió en 1862<sup>4</sup>. Esta comisión tenía la misión de estudiar las tierras americanas y recolectar objetos en ellas, muchos de ellos de carácter antropológico.

Por su parte, Alcina ubica el origen del americanismo en el interés hispánico a partir del «descubrimiento» y de los siglos de colonia, pero afirma que no cuajó hasta el último tercio del siglo XIX, cuando se expande al continente europeo (1992: 463). Empezaría entonces el americanismo propiamente dicho en la Europa de finales del siglo XIX<sup>5</sup>, con las primeras instituciones americanistas europeas<sup>6</sup>. De momento, hablamos de Europa; de americanismo español académico no podremos hablar, según el autor, hasta la década de 1930. Sí tenemos, no obstante, algunos antecedentes, entre los que se encontraría Marcos Jiménez de la Espada<sup>7</sup>, integrante de la mencionada Comisión Científica del Pacífico. Palmira Vélez (2008) añade como antecedente a Manuel Antón y Ferrándiz con su obra escrita con ocasión del IV Centenario (1892). En relación con este último, otro hito de la etapa lo constituye la celebración por primera vez del Centenario del «descubrimiento» de América en 1892<sup>8</sup>. Este hito supone para Domínguez (2018) el punto de arranque del americanismo español. Este autor denomina a su primera etapa «inicios de la antropología americanista (1892-1936)». El comienzo lo constituye el mencionado IV Centenario con la *Exposición Histórico-Americana* en la Biblioteca Nacional. Al igual que Vélez, también Domínguez habla del temprano americanismo de Antón y Ferrándiz en relación al IV Centenario. En este mismo año de 1892 tuvo lugar la celebración del IX Congreso Internacional de Americanistas en La Rábida, Huelva, con apartados de antropología y etnografía. En estos primeros tiempos, el origen de la población americana era el tema de interés prioritario de los americanistas españoles. En este punto, asevera Domínguez que resulta aclaratorio señalar que la antropología cultural nació en nuestro país como ciencia auxiliar de la prehistoria y del americanismo histórico. Y así permaneció hasta la década de 1960. Esta ciencia antropológica temprana se desarrolló por tanto en los campos de la prehistoria y la América precolombina.

Otro hito fundamental, sobre el que llama la atención Rebok (1996), es la pérdida en 1898 de las últimas colonias: Cuba, Puerto Rico y Filipinas, lo que en términos de la autora provocó como respuesta un «dolido desinterés» hacia América por parte de la sociedad española. Domínguez, por su parte, afirma que con la crisis del 98 la percepción sobre América se modificó. La pérdida influyó en el americanismo español hasta el término del franquismo. Se reconstruyó como consecuencia de los sucesos del 98 la historia de España y sobre todo el papel jugado por América en ella. Se trató de «rehabilitar la imagen histórica de España» e ir contra la «leyenda negra» que presenta a España como paradigma del Antiguo Régimen, haciendo énfasis en la labor civilizadora de España en América<sup>9</sup>. El nuevo americanismo, más histórico que antropológico, se basó en el concepto de Hispanidad, regido por una unidad fundada sobre el lenguaje y la cultura. Y fue Rafael Altamira su pilar, junto a Antonio Ballesteros Beretta<sup>10</sup>. Pero en 1939 Altamira se exilió a México y quedó como figura principal del campo americanista en España Ballesteros Beretta, catedrático de Historia de América en la Universidad Central, que a su vez fue «plataforma definitiva para la posterior antropología cultural española» (Domínguez, 2018: 120). Se explica así la procedencia historiográfica de la antropología americanista española, al menos de una

<sup>4</sup> Acerca de la Comisión Científica del Pacífico, véase: Puig, 2013.

<sup>5</sup> Sobre la conformación del americanismo en esta época puede revisarse: López-Ocón, Chaumeil y Verde, 2005.

<sup>6</sup> La Société Américaine de France, 1855 y el Congreso Internacional de Americanistas, Nancy, 1875 (Alcina, 1992).

<sup>7</sup> Sobre Marcos Jiménez de la Espada, consúltense: López-Ocón y Pérez-Montes, 2000. Los otros antecedentes serían, para Alcina (1992) Cesáreo Fernández, Antonio María Fabié, Justo Zaragoza y Francisco Pi i Margall.

<sup>8</sup> Sobre el IV Centenario, véase: Bernabéu, 1987, 2006; Cagliaio, 2012a, 2012b.

<sup>9</sup> Sobre estas cuestiones, puede consultarse: Piqueras, 2018.

<sup>10</sup> Acerca de Ballesteros Beretta, consúltense: Alcina, 1950; Ballesteros Gaibrois, 1982.

parte importante de ella. En concordancia con ello, explica Rebok que desde 1898 no pueden constatarse progresos del americanismo antropológico hasta el final de la década de 1920, para lo que podría aducirse como motivo la inestabilidad política española en el tiempo que transcurre entre 1862 y 1928, que habría repercutido negativamente, según la autora, en el desarrollo científico de nuestro país.

Hay coincidencia pues sobre el vacío de la antropología americanista española que se habría producido entre 1898, incluso desde 1862 desde el punto de vista de Rebok, y el término de la década de 1920. Domínguez narra para describir estos años cuestiones más relacionadas con la historia que con la antropología americanista; Alcina (1992) niega la existencia de americanismo antropológico español hasta casi 1930; y Rebok alude explícitamente a este vacío. Tras él, vendría lo que para esta última autora es la «fase de consolidación (1929-1939)», que inició con la Exposición Ibero-Americana de Sevilla de 1929: «...una exposición sobre el descubrimiento y la colonización de América, en la cual participaron la mayoría de los países latinoamericanos. Con ella se cerró la etapa de las grandes exposiciones de carácter universalizante» (1996: 93). En 1931, con el comienzo de la II República, según Rebok, se produjo el resurgir del americanismo. Y es prácticamente en este momento cuando sitúa Alcina (1992) la que desde su perspectiva es la primera etapa de la antropología americanista española, que abarca entre 1928 y 1935. El término lo marcó para el autor la celebración en 1935, en Sevilla, del XXVI Congreso Internacional de Americanistas, así como la finalización en 1936 de la cátedra de Etnología Precolombina y Etnología de América en la Universidad Central de Madrid, que había iniciado su andadura en 1933. En el congreso mencionado se decidió la creación del Museo-Biblioteca de Indias, sobre lo que Rebok asevera: «Lamentablemente, la evolución de la Guerra Civil y la caída de la República impidieron que este proyecto se llevara a cabo bajo la concepción prevista» (1996: 94).

Las investigaciones también coinciden cuando afirman, como lo hace Rebok, que fue esta una etapa breve pero muy rica para el americanismo español. En palabras de Domínguez: «Antes de la Guerra Civil española se da un verdadero desarrollo de la ciencia americanista» (2018: 128)<sup>11</sup>. Aunque en los inicios del siglo xx terminó la «moda americanista» del Centenario y con ella el incipiente campo de estudio, poco después, y hasta la guerra, puede constatarse un sensible aumento de la actividad americanista. Y en estos años sitúa Domínguez su segunda etapa, la del «americanismo antropológico de preguerra (1931-1939)», que tuvo lugar durante la II República. Destacaron en este período dos exposiciones americanistas que vinieron a completar la prometedor escena del americanismo de la época: la ya citada *Exposición Iberoamericana de Sevilla* de 1929 y la de la colección Larrea, en 1934-1935, en la Biblioteca Nacional de España y en Sevilla —con motivo del XXVI Congreso Internacional de Americanistas celebrado en esta ciudad— (Domínguez, 2018). A propósito del coleccionista de arte incaico Juan Larrea, cabe destacarse que es señalado por Alcina (1992) como posible iniciador del americanismo moderno en España<sup>12</sup>. En el mismo sentido de proliferación del área de conocimiento que venimos explicando, dice Vélez (2008) que la antropología americanista española se institucionalizó en la II República, aunque dejó de estarlo con la Guerra Civil. Este proceso institucionalizador se plasmó en cátedras universitarias, departamentos y en el proyecto de crear un Museo de América, el mencionado Museo-Biblioteca de Indias.

### **2.3. Décadas centrales del siglo xx**

Los autores/as que se han consultado están de acuerdo en dividir esta etapa entre franquismo y exilio. Alcina (1992) trata primero este último y Domínguez (2018) aborda en primer término el franquismo. En la misma tónica, Rebok (1996) denomina a este período que ocupa las décadas centrales del siglo xx «fase de división (1940-1965)». Afirma la autora que en ella encontramos dos grupos de antropólogos:

<sup>11</sup> Sobre americanismo español previo a la Guerra Civil, puede consultarse: Alcina, 1994; Bernabéu, 2007.

<sup>12</sup> Larrea adquirió en torno a 1930 una gran colección de unas 600 piezas de arte incaico en el Cuzco. La colección fue donada al Museo Arqueológico Nacional en la Guerra Civil. Asimismo, fue artífice del proyecto de la Biblioteca-Museo de Ultramar, precedente del futuro Museo de América (Alcina, 1992).

los que emigraron, sobre todo a México, y los que se quedaron y fueron influenciados por el dogmatismo característico de la dictadura franquista. Martínez y Orobitg (2015) también plantean esta división a través del tratamiento de las dos figuras centrales en su trabajo: Esteva y Alcina. No obstante, no debe entenderse que Alcina representaría la permanencia, la vinculación con el ideario franquista, frente a un Esteva exiliado que simbolizaría lo contrario. Ambos fueron intelectuales progresistas y así lo expresa el propio Alcina: «Ellos [los antropólogos exiliados a México] serían alumnos y muy pronto profesores en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México y aunque separados, estaríamos unidos por un mismo espíritu y unos mismos ideales» (1999: 10). La Institución Libre de Enseñanza, el marxismo y/o anarquismo y el progresismo estaban en la base de esos ideales a los que alude Alcina. Por su parte, Domínguez denomina «franquismo» a la etapa que se desarrolla entre 1936 y 1964. Considera el autor que los sucesos bélicos y políticos de estos años fueron sumamente influyentes en la ciencia antropológica española. En primer lugar, por la partida de un número muy importante de intelectuales pero también por la infraestructura institucional que el régimen dictatorial fundó. Ambos sucesos están en el origen del americanismo actual, así como también de la antropología española general.

«Exiliados y emigrados (1939-1989)» es la segunda etapa de Alcina (1992). Señala el autor que México fue el país que más antropólogos americanistas españoles exiliados acogió<sup>13</sup>. Estos pueden dividirse en dos generaciones: la primera conformada por Pere Bosch y Juan Comas; y la segunda integrada por Pedro Armillas, Ángel Palerm, Claudi Esteva, Pedro Carrasco, Santiago Genovés y José Luis Lorenzo. Explica Alcina que, al ser mayores que los miembros de la segunda generación, Bosch y Comas «vivieron dos vidas: antes y después de la guerra», la española y la del exilio. El primero era en España prehistoriador y al llegar a México combinó su primera ocupación con la del americanismo. A ello añade Rebok (1996) que Bosch incursionó en este campo desde el punto de vista de la arqueología y el poblamiento de América. Continúa la autora explicando que Comas, por su parte, lo hizo interesado en los cronistas de Indias y como antropólogo comprometido con la mejora de las condiciones de vida de los indígenas. Algo más joven que Bosch, dice Alcina (1992), Comas era pedagogo y editor antes del exilio y, una vez en él, estudió antropología. Llegó a ser secretario del Instituto Indigenista Interamericano y creador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México<sup>14</sup>. En cuanto a la segunda generación, tuvo en común con Comas su paso por la mexicana Escuela Nacional de Antropología e Historia (Rebok, 1996). Estos «antropólogos transterrados», como Domínguez (2018) los denomina, modernizaron el americanismo antropológico español al alinearse con las teorías vigentes internacionalmente. Fueron el germen de la «nueva antropología española», americanista y no americanista. Las novedosas ideas que los antropólogos exiliados trajeron al regresar a España fueron adoptadas por los antropólogos españoles del franquismo tardío, y prevalecieron cuando se contrapusieron a las ideas conservadoras imperantes en España hasta entonces. Para Domínguez algunos de estos antropólogos innovadores fueron: Comas, Ángel Palerm<sup>15</sup> o Esteva.

La tercera etapa de Alcina (1992) sería la correspondiente al franquismo y la denomina «guerra civil y posguerra (1936-1968)»<sup>16</sup>. En estos años, afirma Vélez que se exigió al americanismo «un decidido compromiso ideológico» (2008: 263). En el mismo sentido habla Rebok (1996) de dogmatismo. Y también en relación con ello, comenta Domínguez que la antropología española del franquismo fue «a contracorriente de las europeas y mundiales», al seguir ciertos valores morales y hacer que formen parte de la disciplina. Hablamos, claro está, de valores católicos o de otros vinculados con una supuesta superioridad española: «La idea de España como un pueblo elegido está asociada al ferviente nacionalismo del régimen, que a su vez se vincula irreductiblemente a la idea de América» (2018: 187). En otro orden de cosas, explica Alcina (1992) que puede constatarse alguna actividad antropológica americanista durante la Guerra Civil, refiriéndose a las excavaciones en Colombia de José Pérez de

<sup>13</sup> Acerca de estos antropólogos exiliados, véase Pino, 1978.

<sup>14</sup> Sobre Comas, véase: Alcina, 1979; Ballesteros Gaibrois, 1979.

<sup>15</sup> Sobre estas innovaciones en relación a Palerm, véase: Giménez, 2014.

<sup>16</sup> Acerca del americanismo durante el primer franquismo: Ballesteros Gaibrois, 1951.

Barradas<sup>17</sup>. También Domínguez (2018) aborda la figura de este, de gran importancia en la antropología española «no americanista», sobre todo en el plano institucional y solo dedicado en parte al americanismo. Señala el autor que Pérez de Barradas está relacionado con los primeros españoles que realizan trabajo de campo en América: los religiosos misioneros Lucas Espinosa y Marcelino de Castellví.

En lo que se refiere a la infraestructura institucional creada por el franquismo que señalábamos más arriba, Domínguez (2018) habla de diversas creaciones en el marco de la fuerte politización existente. Tras la fundación en 1939 del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en 1940 se creó en su seno el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, como institución americanista más relevante del momento. Del Instituto surgió la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Alude el mismo autor, como lo hace también el resto, a la relevante fundación del Museo de América muy poco tiempo después de la contienda bélica, en 1941. Sobre este museo, señala Rebok (1996) su notorio posicionamiento acorde con los lineamientos ideológicos del régimen franquista. No obstante, aunque se fundó en estos primeros años, su inauguración efectiva no tuvo lugar hasta 1965. Asimismo, explica Alcina (1992) que en 1944 se fundó la sección de Historia de América en las universidades de Madrid y Sevilla, ambas con asignaturas referidas a americanismo antropológico (Rebok, 1996). Las dos tuvieron un importante papel en el desarrollo de la antropología americanista española (Domínguez, 2018). La cátedra de la primera fue ocupada en primer término por Manuel Ballesteros Gaibrois (Alcina, 1992)<sup>18</sup>. En esta universidad ideologizada y confesional tuvo mucha importancia la figura de este último, que encabezó el americanismo español tras la muerte en 1949 de su padre, Ballesteros Beretta (Domínguez, 2018). En el mismo año de creación de la sección de Historia de América en la Universidad Central, 1944, se fundó el Seminario de Estudios Americanistas, y en 1951 el de Estudios Indigenistas (Alcina, 1992). Por él pasaron americanistas como el propio Alcina, Josefina Palop o Mario Hernández. Tanto Comas como Esteva colaboraron con Ballesteros Gaibrois en el Seminario (Domínguez, 2018). En estos mismos años 50 Esteva se incorporaba a la Universidad de Madrid a su regreso del exilio, donde había estudiado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México, así como también lo hacía Alcina, que había estado formándose en París y México (Alcina, 1992). A pesar de la diferencia ideológica, Ballesteros Gaibrois acogió a Esteva (Domínguez, 2018)<sup>19</sup>. Al final de la década, en 1959, Alcina empezó su andadura profesional en la Universidad de Sevilla, donde permaneció hasta el final de los 60, y allí fundó también el Seminario de Antropología Americana (Alcina, 1992) y una muy relevante biblioteca americanista (Domínguez, 2018). En 1965 Esteva creó el Centro Iberoamericano de Antropología y la Escuela de Estudios Antropológicos (Alcina, 1992). Asimismo, en 1964 se celebró el XXXVI Congreso Internacional de Americanistas en Madrid, Barcelona y Sevilla. Al final de la década, Esteva se marchó a Barcelona, en cuya universidad fundó el Departamento de Antropología Cultural, dedicado entre otras cosas al americanismo antropológico. Por último, mencionaremos la creación en 1968 del Comité de Cooperación, Estudio y Conservación del Patrimonio Artístico y Cultural de Hispanoamérica y Filipinas del Ministerio de Asuntos Exteriores, que auspició Misiones Científicas en Hispanoamérica. La primera tuvo como destino Chinchero, Perú, y fue dirigida por Ballesteros Gaibrois. Retomaremos estas últimas cuestiones en el siguiente epígrafe. Como conclusión para el presente, señalaremos, siguiendo las palabras de Alcina (1992), el notorio desarrollo del americanismo español durante esta década de 1960.

<sup>17</sup> Acerca de Pérez de Barradas, véase: Sánchez, 2008; y particularmente sobre su faceta americanista: Villarías-Robles, 1998, 2008.

<sup>18</sup> Sobre su propia trayectoria intelectual y académica escribe Ballesteros Gaibrois un texto titulado «Autopercepción intelectual de un proceso histórico. Autobiografía» (1994).

<sup>19</sup> Sobre esta cuestión compleja de las diferencias ideológicas entre las distintas figuras del americanismo de la época del franquismo y la cierta simultánea solidaridad entre ellas, explica con intención aclaratoria Alcina que, a pesar de la ideología de Ballesteros Gaibrois —que se incorporó a la Falange durante la Guerra Civil— frente a la militancia socialista, comunista o anarquista del grupo de antropólogos exiliados a México, —a la que en el caso de Esteva hay que sumar la participación en la contienda—, a todos ellos les une su vínculo con la Institución Libre de Enseñanza: «...Ballesteros y Caro Baroja habían pertenecido al Instituto-Escuela de Madrid y Lorenzo, Alcina, Carrasco y Genovés habíamos estudiado en la Escuela de Valencia, mientras Comas había pasado una temporada en la Residencia de Estudiantes de Madrid, por lo que muchos si no todos habíamos tenido una relación más o menos prolongada e intensa con la Institución Libre de Enseñanza, lo que, sin duda, nos daría cierta coherencia ideológica» (1999: 85).

## 2.4. *Décadas finales del siglo xx*

Resulta complicado establecer una frontera nítida entre esta etapa y la anterior. Es necesario distribuir algunos acontecimientos entre ambas, ya que hay procesos que se abrían en la previa y se cierran en la presente. Alcina (1992) denomina a su cuarta y última etapa «las nuevas generaciones (1968-1988)». Por su parte, Rebok (1996) incluye algunos años más que Alcina en su última fase, «de renovación (1965-1992)». De manera parecida, Domínguez (2018) sitúa su etapa final, «“Renacimiento” de la antropología española», entre 1964 y 1992. El primero de los autores señalados, Alcina, parte del término de la década de los 60 y el inicio de los 70<sup>20</sup>, cuando coexistían en España varios departamentos universitarios que se encargaban de la antropología americanista: el de Historia —encabezado por Ballesteros Gaibrois— y el de Etnología de América —liderado por él mismo— en Madrid; el de Antropología —con Esteva a la cabeza— en Barcelona; y uno más en Sevilla con Alfredo Jiménez Núñez al frente —tras haberlo estado con anterioridad el mismo Alcina—. Los tres departamentos, según describe Domínguez (2018), trabajaban coordinados. Diferentes investigaciones señalan a Esteva y Alcina como las figuras fundamentales del americanismo de estos años. Martínez y Orobitg centran en ellos dos su revisión acerca del recorrido histórico del americanismo antropológico español, con un primer apartado en torno a la figura de Esteva<sup>21</sup> y un segundo alrededor de la de Alcina<sup>22</sup>. Sobre el primero afirman: «La historia de la antropología española transcurre de forma muy próxima al itinerario vital de Claudi Esteva Fabregat» (2015: 9). Domínguez (2018), en el mismo sentido de la importancia de estas dos figuras, las vincula al nacimiento de la antropología como ciencia institucionalizada en nuestro país, en torno a las universidades de Madrid, Barcelona y Sevilla. Además, señala que el progresismo de ambos intelectuales facilitó el distanciamiento que empezó a producirse en la época de la disciplina respecto a los presupuestos ideológicos franquistas<sup>23</sup>. Tanto Esteva como Alcina son decisivos en la conformación de la nueva generación de antropólogos, la de los 60, que poseía, según Domínguez, algunas características definitorias, como un enfoque más particularista, la puesta en práctica de la metodología del trabajo de campo o las influencias extranjeras. Con la renovación ideológica cada vez más implantada, esta generación de americanistas participó en las revueltas antifranquistas del 68, en las misiones científicas españolas de Perú, Ecuador, Guatemala, o México, y en los encuentros científicos de la época: la Primera Reunión de Antropólogos Españoles de 1973, organizada en Sevilla por Jiménez Núñez, que marcó el inicio de la escisión entre americanistas-antropólogos culturales (representados por Miguel Rivera) y antropólogos sociales (representados por Carmelo Lisón); así como también en la Segunda Reunión de Antropólogos Españoles de 1974, en la que la ruptura ya era un hecho que se hizo patente cuando Lisón organizó un congreso alternativo.

Pero vayamos diez años atrás, al comienzo de la etapa, y recuperemos algunos de los hitos mencionados en el epígrafe anterior para dotarlos de continuidad. 1964 fue un año clave para la disciplina porque se celebró el XXXVI Congreso Internacional de Americanistas en Barcelona, Madrid y Sevilla y se fundó la Sección de Antropología Americana en la Universidad de Madrid (Domínguez, 2018). En el congreso surgió la iniciativa de las Misiones Científicas en Hispanoamérica, que retomaremos más abajo. Al año siguiente, se inauguró el Museo de América en su edificio definitivo (Rebok, 1996) y Esteva creó la Escuela de Estudios Antropológicos en Madrid. Decíamos en el apartado previo que para Esteva el exilio había terminado con su regreso a España en 1956. Primero llegó a Madrid, donde pasó varios

<sup>20</sup> El autor desarrolla más ampliamente el devenir de la antropología americanista española en los años finales de la etapa previa y los primeros de la presente en Alcina, 1972.

<sup>21</sup> Sobre Esteva, puede consultarse entre otros: Esteva, 2018; Pino, 2018; Moreno, 2018; Capel, 2009.

<sup>22</sup> Y acerca de Alcina: Alcina, 1987; Cabello, 2004.

<sup>23</sup> Frente a la apología franquista de la conquista y evangelización de América, el posicionamiento de los americanistas posteriores lo describen bien las siguientes palabras de Alcina: «Alguna vez he dicho con referencia a los “americanistas”, que si detrás de un arqueólogo, de un etnohistoriador, de un etnólogo no hay un indigenista, no hay nada; porque es imposible ocuparse de investigar en cualquiera de esas disciplinas sin “comprometerse” de inmediato con la causa de los indios [...]. Lo he dicho de otro modo: lo que nos une a todos nosotros [...] era esa voz silenciosa de los indios clamando desde la “gloriosa” conquista de los Pizarro, los Cortés, los Alvarado de todo el Nuevo Mundo, aquellos que con la cruz y la espada iban a rescatar de la “barbarie” a todos los indios de América, para mayor gloria del Imperio y de la Iglesia, para contarnos, de una vez por todas, su “visión de los vencidos”» (1999: 101 y 102).



años dedicado al americanismo. Entró en la Universidad Central en 1955 y en ella impartió, hasta el final de los 60, asignaturas relacionadas con la antropología americana (Domínguez, 2018). Asimismo, tuvo relación con el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del CSIC, con Ballesteros Gaibrois y con los seminarios de Lengua y Cultura Azteca y de Estudios Indigenistas de la Universidad de Madrid. En 1958 Esteva se doctoró en esta misma universidad. Además, dirigió el Museo Nacional de Etnología, en cuyo seno fundó en 1965 la mencionada Escuela de Estudios Antropológicos. Por ella pasaron figuras importantes de la «nueva antropología» española, entre otros, Manuel Gutiérrez Estévez, Rogelio Rubio, Isidoro Moreno, Salvador Rodríguez Becerra, Pilar Sanchiz, Fermín del Pino, Josefina Roma, Joan Prat, Pilar Romero de Tejada, Julián Santos o los citados Rivera y Lisón (Martínez y Orobitg, 2015 (Domínguez, 2018; Alcina, 1992). La Escuela solamente tuvo vigencia hasta 1968, pero constituyó uno de los principales hitos de la antropología española, estando muy vinculada por añadidura al americanismo (Domínguez, 2018). Además, brindó la posibilidad de formar por primera vez a profesionales de la antropología americanista de manera completa. Asevera Rebok (1996) que en los pocos años que duró se formaron en ella bastantes de los principales antropólogos españoles del final del siglo xx. Alcina fue uno de ellos. Más tarde sería el fundador junto con Ballesteros Gaibrois del Departamento de Historia de América II (Antropología de América) de la Universidad Complutense de Madrid.

Alcina se doctoró en 1948 y siguió adelante con su formación en París, México e Italia. En 1959, se trasladó como catedrático de Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana a la Universidad de Sevilla, lo que marcó los inicios de la antropología en este lugar. En esta ciudad formó a una primera generación de antropólogos andaluces, integrada por Beatriz Suñé y los ya mencionados Moreno, Jiménez Núñez, Sanchiz y Rodríguez Becerra (Martínez y Orobitg, 2015; Alcina, 1992). Alcina retornó a Madrid en 1967, pero antes creó en Sevilla el Seminario de Antropología Americana, con dos ramas: «Etnohistoria del Norte de México» (apoyada en la documentación del Archivo General de Indias) y «Etnología de Andalucía». Como resultado, el mencionado grupo de antropólogos andaluces se especializó en ambas áreas geográficas: América y Andalucía. No obstante, solo Sanchiz continuó a largo plazo con América, concretamente Guatemala, y fundó el grupo de investigación *Transformaciones sociales y culturales en Andalucía y América*, formado por Manuela Cantón, Isabel María Martínez y Pilar Gil. Cantón, y también otros investigadores de la Universidad de Sevilla, Elías Zamora y Mario Jordi, hicieron tesis sobre América (Martínez y Orobitg, 2015). A su vuelta a Madrid, en 1968, Alcina entró a formar parte de la Universidad Complutense. Junto a Ballesteros Gaibrois fundó el Departamento de Antropología y Etnología de América, resultante de la separación de Historia de América (Martínez y Orobitg, 2015). Alcina, además de formar etnohistoriadores<sup>24</sup>, creó una importante escuela de arqueología antropológica<sup>25</sup>, de la que tomaron parte relevantes antropólogos posteriores como el referido Rivera o Andrés Ciudad (Domínguez, 2018). En este mismo sentido de potenciación de la relación entre la antropología y la arqueología, Alcina patrocinó investigaciones de campo en Ecuador, Perú y Guatemala.

En el marco del americanismo de la época se llevaron a cabo importantes proyectos de investigación que incluyeron trabajo de campo en América, lo que constituyó una novedad del período. Dentro de la Misión Científica Española en Hispanoamérica, que dio inicio en 1968, hubo diferentes proyectos (Rebok, 1996). El primero fue el Proyecto Multidisciplinar en Chinchero, Perú, dirigido por Ballesteros Gaibrois, Alcina, Esteva, y Enrique Marco, que tuvo lugar entre 1968 y 1971. A continuación se desarrolló el Proyecto de Investigación *Arqueología de Esmeraldas (Ecuador)*, dirigido por Alcina entre 1970 y 1975, en el que participó Moreno. Después tendrá lugar, entre 1976 y 1980, el Proyecto de Investigación *Cambio Cultural en el Occidente de Guatemala*, entre Sevilla, Madrid y Barcelona,

<sup>24</sup>En el Departamento de Etnología y Antropología de América de la Universidad de Sevilla (que se subsumirá con posterioridad en el de Historia de América de la misma universidad), el cual tendrá un enfoque investigador esencialmente etnohistórico, por su vinculación con el Archivo de Indias, a partir de la presencia en él de Alcina. Con posterioridad, realizará entre 1968 y 1975 el Proyecto de Estudios Latino-Americanos con la Universidad de Pensilvania, centrado en la etnohistoria guatemalteca del siglo XVI y liderado por Jiménez (Alcina, 1992). Acerca de la vertiente etnohistórica del americanismo español, véase Jiménez, 1967. Sobre la relación entre la antropología americanista y el Archivo de Indias, véase Sanchiz, 1985.

<sup>25</sup>Acerca de esta escuela puede consultarse Ciudad e Iglesias, 2005.

del que formaron parte —además de Alcina y Esteva—, María Jesús Buxó y los ya mencionados Rivera, Ciudad, Gutiérrez Estévez, Jiménez Núñez, Sanchiz y Zamora. Entre 1977 y 1982 se desarrollaron excavaciones arqueológicas en Racchi, Perú, dirigidas por Ballesteros Gaibrois y Lorenzo E. López y Sebastián. A partir de 1978 Esteva llevó a cabo investigaciones en el sureste de Estados Unidos. Entre 1980 y 1982, Gutiérrez Estévez investigó acerca de mitología en Campeche, y desde 1985 Rivera realizó investigación arqueológica en Oxkintok, Yucatán (Alcina, 1992). Estas expediciones con finalidad investigadora a América hicieron hincapié en la arqueología (Rebok, 1996). Gutiérrez Estévez<sup>26</sup> fue uno de los antropólogos que participó en ellas. Creó en la década de 1980 el Grupo de Estudios de Etnología Americana y el Máster en Estudios Amerindios. De su magisterio surgió una parte importante de la generación de americanistas de finales del siglo xx y comienzos del xxi, formada por Gerardo Fernández, Julián López, Fernando Giobellina, o Juan Antonio Flores, a la que se unieron otros antropólogos dedicados a América formados en el extranjero, como Beatriz Pérez o Pedro Pitarch. Otros americanistas relevantes del momento son Carlos Giménez o Juan Vicente Palerm (Martínez y Orobitg, 2015). De la manera narrada, se creó una infraestructura académica entre Madrid, Sevilla y Barcelona que posibilitó la institucionalización de la antropología española a través del americanismo. Se trató además de una antropología estrechamente vinculada con la arqueología, puesto que Alcina consideraba esta última como «la antropología de las culturas extinguidas», y así se lo enseñaba a sus alumnos, arqueólogos americanistas que se consideran antropólogos, como Emma Sánchez Montañés, Jesús Adánez, o los referidos Rivera y Ciudad (Domínguez, 2018: 378).

Regresando a Esteva, Rebok (1996) afirma que puede constatarse el desarrollo del americanismo antropológico en la Universidad de Barcelona a partir de 1968, año en que el antropólogo se mudó a Barcelona y se incorporó a la mencionada universidad. En ella, explican Martínez y Orobitg (2015), creó un departamento de antropología y formó a la primera generación de antropólogos catalanes, integrada por: Joan Frigolé, Jesús Contreras, Ignasi Terradas, María Jesús Buxó, Juanjo Pujadas, Dolors Comas, Josep Maria Comelles, Joan Prat y Oriol Romaní. Algunos de ellos hicieron trabajo de campo con Esteva a principios de los 70 en Chinchero, Perú, en el marco de la Misión Científica Española en Hispanoamérica —Contreras, Terradas y Buxó— (Martínez y Orobitg, 2015). No obstante, asevera Domínguez (2018) que la tradición antropológica catalana está más bien relacionada con la prehistoria primero, a través de Bosch, y con la antropología cultural después, mediante Esteva. Los discípulos de esta segunda vía son hoy importantes antropólogos, algunos de los cuales se dedican al americanismo, aunque predominantemente de manera ocasional. Pueden ponerse como ejemplo de ello Contreras, Buxó, o Antonio Pérez (Domínguez, 2018). Más adelante, al final de la década de los 80, Contreras creó en esta misma universidad el Grupo de Investigaciones Andinas, del que forman parte Oriol Beltrán, Imma Querol, Jordi Gascón, Andreu Viola y Ester Pérez (Martínez y Orobitg, 2015). Por otro lado, en 1978 se creó el Institut Català d'Antropologia (ICA) que contribuye a la formación de investigadores americanistas. En 1977 la antropóloga argentina Dolores Juliano entró a formar parte de la Universidad de Barcelona. Asimismo, de Brasil llegó en 1984 Verena Stolke, que se posicionó en estos años en contra de la celebración del V Centenario junto con otros antropólogos como Contreras, en un americanismo más crítico que los previos (Martínez y Orobitg, 2015).

Cierra Alcina (1992) su última etapa hablando del «amplio plantel de jóvenes especialistas» que existía en estos años, formado por: Josefa Iglesias, Mercedes Guinea, César Heras, Rafael Díaz Maderuelo, Carlos Caravantes, o los mencionados López y Sebastián, Rivera, Ciudad y Sánchez Montañés. Algún tiempo después se suman Adánez, Carmen Varela y Alfonso Lacadena. En Sevilla están los etnohistoriadores Suñé, Sanchiz, Jiménez Núñez y Zamora; fuera de Sevilla, Jesús Bustamante, Germán Vázquez, José Luis de Rojas, Concepción Bravo, Alicia Alonso, Soledad Vieitez, o los mencionados Palop, Contreras, Gutiérrez Estévez y Buxó. Este plantel protagonizaría en la década de 1980 el auge del americanismo antropológico español, que no estuvo exento de tensiones internas, a las que Alcina alude pero no detalla. El V Centenario hizo aumentar el mencionado auge (Alcina, 1992). El período de tiempo completo que ocupa la etapa puede calificarse como de apogeo de la antropología americanista, tal como lo

<sup>26</sup> Acerca de este, véase: Ferrándiz *et alii*, 2016.

manifiesta Rebok (1996), que concluye la última de sus fases aludiendo al impulso que el V Centenario representó para el americanismo español a partir de 1985. Sin embargo, una vez conmemorado, desde 1992 puede hablarse, según la autora, de caída de la disciplina. En un sentido similar, Domínguez (2018) alude ya desde la propia denominación de su última etapa al renacimiento del americanismo antropológico español, que albergó asimismo los orígenes de la antropología moderna en España.

### 3. Reflexiones finales

El nacionalismo es identificado por Domínguez en su trabajo exhaustivo sobre la historia de la antropología americanista española como motor primordial en el desarrollo de esta disciplina:

...el nacionalismo, en el caso de la antropología americanista, constituye una fuerza motriz que sirve al desarrollo de los estudios científicos. La importancia del nacionalismo para la ciencia está presente desde 1892 hasta el «segundo franquismo», cuando se inicia un nuevo periodo científico desvinculado de anhelos patrióticos (2018: 2).

Profundizando en esta idea, el autor señala que el comienzo del americanismo antropológico español, que él ubica en 1892 (aunque después volveremos sobre esta cuestión de los orígenes, que no se cierra aquí), estuvo íntimamente vinculado al nacionalismo, lo que se evidencia en la consideración de la celebración del IV Centenario del «descubrimiento» de América como evento fundador de la disciplina (2018: 440 y 441). Asimismo se ubica Domínguez en la II República y pone en comparación el uso político nacionalista del americanismo que se llevó a cabo en estos años con el realizado durante el franquismo, parecido, dice el autor, aunque con algunas diferencias significativas como el contenido religioso. Se trata, en definitiva, de un ejemplo de la idea fundamental consistente en la afirmación de «la influencia del sistema político sobre la ciencia dentro del país» (2018: 2). Y el paradigma de este uso será la dictadura franquista, de manera que la ciencia española, y con ella la antropología americanista, quedó subyugada a los valores del régimen, lo que conllevó la desconexión y el rezago respecto a la ciencia antropológica occidental. Esta situación solamente pudo ser remediada en torno a las décadas de 1960 y 1970 por los antropólogos que regresaron del exilio o de la formación en el extranjero.

En las anteriores líneas están contenidas varias cuestiones que merece la pena destacar. En primer lugar, el nacionalismo omnipresente en la antropología americanista española a lo largo de su historia, al menos hasta las décadas de 1960 y 1970. Y en relación con ello el retraso de la disciplina respecto a la ciencia occidental, debido en gran medida al aislamiento. Se trataría, en otras palabras, del lugar periférico que España ocupa en el conocimiento científico occidental (Domínguez, 2018: 2), que solamente se soluciona en el americanismo antropológico en décadas recientes cuando influencias extranjeras permean a través de antropólogos que regresan trayéndolas consigo, de modo que la institucionalización, y consecuente madurez, de la disciplina solamente habría sido posible con «la integración del país en el contexto social, económico y cultural de Occidente» (*Ibidem*, 2018: 2).

En la idea sobre la estrecha vinculación de la situación política española con el americanismo antropológico en los distintos momentos históricos —siempre condicionando la primera al segundo— coincide Rebok con Domínguez, ya que de hecho el trabajo de la autora se centra en la demostración de la incidencia de las ideologías, entre las cuales el nacionalismo ocupa, como no puede ser de otra manera, un lugar preponderante en las circunstancias políticas de la antropología americanista española (1996: 79).

Además de las conclusiones mencionadas, encontramos algunas otras también relevantes. Podemos señalar como la primera de ellas una patente falta de acuerdo sobre los orígenes entre los investigadores/as. Otra sería el peso puesto por estos, en esto sí todos de acuerdo, en el período republicano en cuanto que institucionalizador del americanismo antropológico español. Asimismo, el protagonismo de esta República que continúa en el exilio y también en los antropólogos exiliados, entre los cuales

resulta fundamental la figura de Esteva, es algo en lo que todas las obras revisadas también coinciden: sin éste difícilmente la antropología americanista española, ni tampoco la general, sería lo que es en la actualidad. Y en relación con estas últimas palabras dos conclusiones más: el acuerdo en los textos revisados en cuanto al carácter de novedad —incluso de «renacimiento»— que tendría el período del americanismo antropológico español iniciado en las décadas de 1960 y 1970, y el rompimiento por tanto con el pasado que en estos años se produce. Y, para terminar, la escasa relación que se establece entre la antropología americanista y la general en nuestro país. Solamente una de las obras revisadas trata de ir relacionando ambas en los sucesivos períodos, afirmando de hecho que el americanismo constituye el núcleo primero del que surgen el resto de subdisciplinas antropológicas españolas (Domínguez, 2018: 184). Y más allá, si acudimos a las historias de la antropología general española, encontraremos un panorama todavía más desolador: las vinculaciones establecidas son prácticamente nulas puesto que apenas se considera al americanismo antropológico como parte de la antropología española<sup>27</sup>.

La llamativa falta de acuerdo sobre los orígenes de la antropología americana es una de nuestras conclusiones fundamentales, ya que constituye una de las pocas diferencias entre los autores/as objeto de revisión que por lo demás —como hemos observado a lo largo del artículo— tienden a coincidir bastante. Lo hacen en la conformación de periodizaciones, las cuales cierran en el mismo momento, pues pareciera que resulta sumamente complicado tratar históricamente los tiempos próximos al presente. Ni siquiera los que escriben en años bastante recientes van más allá de 1992, de modo que parece que el V Centenario sería el colofón y término de las historias de la disciplina. Constituyen una excepción Martínez y Orobítg (2015), que mencionan a profesionales de la antropología que han desarrollado su trabajo con posterioridad. Otra coincidencia es el establecimiento de etapas que caracterizan de modo similar, ya que señalan la centralidad del fin del siglo xix y el primer tercio del xx en la antropología americanista española. Los años del franquismo los subdividen entre desarrollos internos y los años principales, consecuencia del retorno de los exiliados. Establecen como rasgo propio de la última de las etapas, en todas las periodizaciones revisadas, la ruptura de la antropología americanista española y su integración en parámetros modernos y universales en las últimas décadas del siglo xx. Pero en cuanto a los orígenes de la disciplina la tendencia es la contraria a la descrita: existen discrepancias. De hecho, en este punto, las opiniones son muy variadas. Las más discordantes serían las de Rebok (1996) y Martínez y Orobítg (2015), que sitúan los orígenes muy tempranamente la primera —enseguida volveremos sobre esto— y de manera tardía las segundas, pues comienzan su genealogía en la segunda mitad del siglo xx<sup>28</sup>. Mientras, Domínguez (2018) se situaría en torno a 1892 para comenzar la historia del americanismo antropológico español y Alcina (1992), aunque menciona antecedentes, lo haría en el primer tercio del siglo xx.

No obstante, aunque Domínguez ubica el inicio de la historia de la antropología americanista española —y por tanto de su tesis doctoral sobre este tema— en 1892, es necesario señalar que menciona —en una posición en la que veremos que también se encuentra Rebok— a Manuel Antón como pionero en la reivindicación de los cronistas de Indias como iniciadores de la antropología, no solo americanista sino general: «En Antón hallamos la primera reivindicación de los cronistas como precursores de la etnología y la etnografía, algo que confirmarán posteriores investigadores tanto nacionales

<sup>27</sup> Algunos de los principales manuales son los ya mencionados de Prat, 1983, 1992, 1994, 1999, 2004; así como Prat *et alii*, 1991; y Aguirre 1986, 1992. Este último constituiría una excepción en este sentido, ya que incluye un capítulo revisado en este artículo de Alcina sobre americanismo (Alcina, 1992).

<sup>28</sup> Martínez y Orobítg (2015: 9) citan esta anécdota —que toman de una entrevista a Esteva publicada en 2011 por Joana Brufau, María Permanyer y Xavi Zulet— sobre los comienzos de su carrera antropológica americanista, que podrían suponerse también, en la lógica de esta publicación, los inicios del americanismo español: «Todo empezó cuando tras ocho años de exilio en México, en 1947, iba caminando por el Zócalo y vio un cartel pegado en la pared en el que se anunciaba el inicio de un curso sobre las cuatro ramas de la antropología (etnología, antropología física, arqueología y lingüística) en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Curioso, el joven Esteva Fabregat se dirigió a la entrada de la escuela para pedir más información. Ahí el secretario le comentó que “en este momento, los que estudian antropología en la Escuela, cuando terminan van a trabajar con los indígenas, porque aquí en México tenemos el problema indígena. Y el gobierno de la República lo que quiere es crear un grupo de antropólogos que puedan elucidar el problema del por qué los indígenas siguen siendo indígenas cuando nosotros les estamos ofreciendo todo”. Esteva se matriculó y así todo dio comienzo».

como extranjeros, destacando el papel llevado a cabo por España en la historia de la ciencia» (2018: 59). Se escondería aquí cierta paradoja, pues ocurre que a veces se señala el origen del americanismo antropológico en la Edad Moderna de manera ambigua, dándose el caso de especialistas que lo anotan en algunos de sus textos y en otros no, o que señalándolo al comienzo, después no lo tienen en consideración en sus periodizaciones. Este último sería el caso de Domínguez (2018) y de Alcina (1992). De hecho, este último, frente a la periodización que hemos revisado, dedica uno de sus libros (*Idem*, 1988) a la reivindicación de los cronistas como autores del «descubrimiento científico de América», lo que equivaldría a hacerlos pioneros de la antropología. Se ocupa en esta obra de cronistas de los siglos *xvi* y *xvii*, así como de viajeros ilustrados del *xviii*, que habrían sido protagonistas de este descubrimiento científico: Bartolomé de Las Casas, Juan de Torquemada, José Díaz de la Vega, Juan Bautista Muñoz, Alejandro Malaspina y Guillermo Dupaix.

Por su parte, Rebok (1996), que precisamente titula uno de los apartados de su escrito «polémica sobre el comienzo del americanismo», sitúa los inicios sin ambages en el momento de la llegada de los europeos a América en la última década del siglo *xv*, es decir, en el llamado descubrimiento de América, lo cual resulta excepcional teniendo en cuenta lo dicho. Apunta la autora que es consciente de que normalmente se ubica este origen en la segunda mitad del siglo *xix*, con las primeras sociedades y congresos americanistas que tienen lugar en Europa (1996: 101). El paradigma de lo anterior sería el Primer Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en 1875 en Nancy, Francia. Sin embargo, ella se posiciona en defensa de considerar la actividad literaria de los cronistas y misioneros de la Edad Moderna como el inicio del americanismo, en cuanto que estas obras constituyen reflexiones sobre las sociedades indígenas, visiones por tanto de la alteridad, podría añadirse, que las convertirían en antropología americanista (1996: 101)<sup>29</sup>. Afirma que contra esta teoría se sitúan, fundamentalmente, los autores anglosajones, los cuales tienen particular interés en definir la disciplina antropológica como «un producto anglosajón de la segunda mitad del siglo *xix*». No obstante, no puede negarse, según Rebok, que la apología del origen hispano moderno de la antropología americanista también tiene implicaciones políticas. Si tomamos en consideración estas implicaciones, la discusión sobre los orígenes tal vez perdería sentido: desde un punto de vista político y nacionalista, el siglo *xvi* convendría más a los españoles y el *xix* a los anglosajones, pero discutiendo esto nos alejamos de las explicaciones científicas y nos acercamos a lo que la autora denomina «patriotismo». Concluye que, teniendo en cuenta lo dicho, no puede hablarse de una postura «correcta», y propone como la más válida la que se desprende de la periodización de Manuel M. Marzal (1993), que atañe no solamente al americanismo sino a la disciplina antropológica general:

Según él, en la primera etapa (a partir de la segunda mitad del siglo *xvi*), se describen las culturas o se reflexiona sobre la transformación de las mismas en la praxis social; en la segunda (a partir de la segunda mitad del siglo *xix*) se ve la comprensión de las otras culturas como tarea científica y se buscan las leyes del cambio social; y en la tercera (a partir del primer tercio del siglo *xx*) esta búsqueda se convierte en una actividad profesional cuando se institucionaliza la carrera de antropología en las universidades norteamericanas e inglesas (1996: 103).

Aportamos, por tanto, una última periodización. Nos surge la duda de si podría aplicarse al americanismo español, ya que está diseñada para la ciencia antropológica a nivel internacional. Y, en relación con la posición periférica de la antropología española —americanista y generalista— respecto a la internacional, debemos responder que no puede aplicarse, tal vez con la excepción de las primeras etapas: la que inició en la segunda mitad del siglo *xvi*, descriptiva y reflexiva, y la que empezó en la segunda mitad del siglo *xix*, comprensiva y de búsqueda de leyes del cambio social; pero no la tercera, la etapa profesionalizante que comenzó en el primer tercio del siglo *xx*, porque si bien en España sí se constató —en concordancia con todos los trabajos revisados— este comienzo, el mismo se vio trunco por el franquismo, que retrasó o rezagó la antropología americanista española, la cual no pasó a una etapa de profesionalización y madurez hasta el fin de la dictadura en el último tercio del siglo *xx*.

<sup>29</sup> Otros destacados autores que también intervienen en la discusión, posicionándose a favor de la consideración de los cronistas de Indias, serían: Pino, 1974, 1975, 1977, 1980, 1983, 1995, 2008, y 2020; Todorov, 2007.

## Bibliografía

- AGUIRRE BAZTÁN, A. (1986): *La antropología cultural en España: un siglo de antropología*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias.
- (1992): *Historia de la Antropología española*. Barcelona: Boixareu Universitaria.
- ALCINA FRANCH, J. (1950): «Antonio Ballesteros y Beretta (1880-1949)». *Journal de la Société des Américanistes*, 39, pp. 251-252.
- (1972): «La antropología americanista en España: 1950-1970». *Revista Española de Antropología Americana*, 7 (1), pp. 17-59.
- (1979): «Elogio del profesor Juan Comas». *Revista Española de Antropología Americana*, IX, pp. 13-16.
- (1987): «José Alcina Franch: autobiografía intelectual». *Anthropos: Revista de Documentación Científica de la Cultura*, 68, pp. 7-20.
- (1988): *El descubrimiento científico de América*. Barcelona: Anthropos.
- (1992): «Historia de la antropología americanista». En *Historia de la antropología española*. Aguirre Baztán, A. (ed.), Barcelona: Boixareu Universitaria, pp. 463-473.
- (1994): «Americanismo español: años treinta». *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, 162-163, pp. 32-35.
- (1999): *Antropólogos y disidentes: una tradición tenue*. Palma de Mallorca: Bitzoc.
- ANTÓN Y FERRÁNDIZ, M. (1892): *Antropología de los pueblos de América, anteriores al Descubrimiento. Conferencia en el Ateneo de Madrid*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Ribadeneyra.
- BALLESTEROS GAIBROIS, M. (1951): «La moderna ciencia americanista española (1938-1950)». En *Miscelánea americanista: homenaje a D. Antonio Ballesteros Beretta (1880-1949)*, tomo I. Madrid: CSIC, pp. 117-135.
- (1979): «Juan Comas en el recuerdo». *Revista Española de Antropología Americana*, IX, pp. 47-49.
- (1982): *Maestros del americanismo: Antonio Ballesteros Beretta (1880-1949)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- (1994): «Autopercepción intelectual de un proceso histórico-autobiografía». *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, 162-163, pp. 17-26.
- BERNABÉU ALBERT, S. (1987): *1892: el IV Centenario del Descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones*. Madrid: CSIC-Instituto de Historia.
- (2006): «Los orígenes del Americanismo español contemporáneo: el IV Centenario del Descubrimiento de América». En *Aproximaciones al americanismo entre 1892 y 2004*. Cagiao Vila, P y Rey Tristán, R. (coords.), Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 13-34.
- (2007): «Los americanistas y el pasado de América: tendencias e instituciones en vísperas de la Guerra Civil». *Revista de Indias*, LXVII (239), pp. 251-282.
- CABELLO CARRO, P. (2004): «José Alcina Franch. Esbozo biográfico de un americanista». *Anales del Museo de América*, 12, pp. 309-324.
- CAGIAO VILA, P. (2012a): «Miradas españolas a las celebraciones de los centenarios de la independencia: así lo contó la prensa». En *Entre imperio y naciones: Iberoamérica y el Caribe en torno a 1810*. Cagiao Vila, P y Portillo Valdés, J.M. (coords.), Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 459-484.
- (2012b): «Visiones del centenario. Miradas españolas al mundo americano: estado de la cuestión y propuestas de investigación». En *La Constitución gaditana de 1812 y sus repercusiones en América*. Gullón Abao, A. J. y Gutiérrez Escudero, A. (coords.). Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 389-398.
- CAPEL, H. (2009): «La antropología española y el magisterio de Claudio Esteva Fabregat. Estrategias institucionales y desarrollo intelectual en las disciplinas científicas». *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XIII (287).

- CIUDAD RUIZ, A., e IGLESIAS PONCE DE LEÓN, M. J. (2005): «La Arqueología Americana en la tradición arqueológica española». *Complutum*, 16, pp. 231-243.
- DOMÍNGUEZ GREGORIO, I. (2018): *Historia de la antropología americanista española (1892-1992)*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.
- ESTEVA FABREGAT, C. (2018): «Exilio y desexilio. Experiencia de una antropología. México-Madrid-Barcelona». *Arxiu d'Etnografia de Catalunya. Revista d'Antropologia Social*, 19, pp. 25-79.
- FERRÁNDIZ, F.; FLORES J. A.; GARCÍA, M., LÓPEZ, J., y PITARCH, P. (2016, eds.): *Manuel Gutiérrez Estévez. Maestro de etnógrafos (americanistas)*. Madrid y Frankfurt am Maim, Iberoamericana; Vervuert.
- GIMÉNEZ ROMERO, C. (2014): «La articulación de teoría, trabajo de campo y formación del antropólogo en Ángel Palerm. Transfiriendo aprendizajes de México a España». *Desacatos*, 45, pp. 47-62.
- GONZÁLEZ MONTERO DE ESPINOSA, M. (1990): «La antropología en la expedición de Alejandro Malaspina. Las ciencias antropológicas en la España ilustrada». Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.
- (1996): «Ilustración y antropología: la catalogación del indígena americano». *Anales del Museo de América*, 4, pp. 55-72.
- JIMÉNEZ, A. (1967): «La antropología y la historia de América». *Revista de Indias*, XXVII, pp. 59-87.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L., y PÉREZ-MONTES SALMERÓN, C. M. (2000, coords.): *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898): tras la senda de un explorador*. Madrid: CSIC.
- LÓPEZ-OCÓN, L.; CHAUMEIL, J.-P., y VERDE CASANOVA, A. (2005, eds.): *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional*. Madrid y Frankfurt am Maim: Iberoamericana Editorial Vervuert.
- MARTÍNEZ MAURI, M., y OROBITG CANAL, G. (2015): «A modo de introducción: breve genealogía intelectual de la antropología americanista en el estado español». *Quaderns*, 31, pp. 5-24.
- MARZAL, M. M. (1993): *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*. Barcelona: editorial Anthropos.
- MONGE MARTÍNEZ, F. (2002): *En la Costa de la Niebla. El paisaje y el discurso etnográfico ilustrado de la expedición Malaspina en el Pacífico*. Madrid: CSIC.
- MORENO, I. (2018): «Claudio Esteva y la institucionalización de la antropología en el estado español». *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 19, pp. 131-146.
- ORTIZ GARCÍA, C. (2003): «Antropología en España (1970-2000)». *2003 Anuario Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica*. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, pp. 13-24.
- PINO, F. del (1974): «Historia de la Antropología en España y Crónicas de Indias». Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.
- (1975) «Los cronistas de las culturas indígenas de América: su valor antropológico». En *Primera Reunión de Antropólogos Españoles: actas, comunicaciones, documentación*. Jiménez Núñez, A. (coord.). Sevilla: Universidad, pp. 107-125.
- (1977) «Paralelismo entre Canarias y América: utilización etnológica de sus primeros cronistas». En *I Coloquio de Historia Canario-Americano, 1976*. Morales Padrón, F. (coord.). Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 188-207.
- (1978): «Antropólogos en el exilio». Separata de *El exilio español de 1939*. Madrid: Taurus Ediciones.
- (1980): «Contribución del Padre Acosta a la constitución de la etnología: su evolucionismo». En *El científico español ante su historia: la ciencia en España entre 1750-1850: I Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, 1978*. Garma Pons, S. (coord.). Madrid: Diputación Provincial, pp. 481-518.
- (1983): «Culturas clásicas y americanas en la obra del Padre Acosta». En *América y la España del siglo XVI*, vol. 1. Solano Pérez Lila, F. de P. y Pino Díaz, F. del (coords.). Madrid: CSIC, pp. 327-362.
- (1995): «Los caníbales chiriguano, un reto para dos mentes europeas: Acosta y Polo». En *Visión de los otros y visión de sí mismos: ¿Descubrimiento o invención entre el Nuevo Mundo y el Viejo?* Pino Díaz, F. del y Lázaro Ávila, C. (coords.). Madrid: CSIC, pp. 57-88.
- (2008): «De las Crónicas de Indias a Malinowski, o de la influencia (menospreciada) de los textos en el trabajo de campo». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXIII (1), pp. 17-36.

- (2018): «Claudio Esteva, promotor de la antropología en Madrid. Recuerdos de un testigo». *Arxiu d'etnografia de Catalunya. Revista d'antropologia social*, 19, pp. 115-130.
- (2020): «Memoria hispana y antigüedades americanas. Por un rescate crítico de los antiguos cronistas de Indias». En *La cultura vivida. Homenaje al profesor Javier Marcos Arévalo*. Rodríguez Becerra, S. y Valadés Sierra, J. M. (coords.). Badajoz: Fundación CB Badajoz, pp. 615-630.
- PIQUERAS ARENAS, J. A. (2018): «“Operación hispanidad”: políticas del pasado y verdad española en el primer franquismo». En *Tan lejos, tan cerca: miradas contemporáneas entre España y América Latina*. Jorge, D. (coord.). Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 57-80.
- PRAT, J. (1983): «La antropología cultural en España». En *Antropología hoy. Una introducción a la antropología cultural*. VV. AA. Barcelona: Teide, pp. 165-238.
- (1992): «Antropología y etnología». En *Las Ciencias Sociales en España*. Reyes, R. (ed.). Madrid: Universidad Complutense, pp. 11-169.
- (1994): «Historiografía antropológica». En *Diccionario histórico de la antropología española*. Ortiz García, C. y Sánchez Gómez, L. A. (eds.). Madrid: CSIC, pp. 370-375.
- (coord., 1999): *Investigadores e investigados: literatura antropológica en España desde 1954*. Edición especial de l'Arxiu d'Etografia de Catalunya. Tarragona: ITA.
- (2004): *2. Antropología y etnología*. En *Las Ciencias Sociales en España: historia inmediata, crítica y perspectivas*. Madrid: Editorial Complutense.
- PRAT CARÓS, J.; MARTÍNEZ, U.; CONTRERAS, J., y MORENO, I. (1991, eds.): *Antropología de los pueblos de España*. Madrid: Taurus.
- PUIG SAMPER, M. A.; MORENO MARTÍN, J. M.; VALLESPÍN, F., y REVERTE, J. (2010): *Expedición Malaspina: un viaje científico-político alrededor del mundo, 1789-1794*. Madrid: Turner.
- PUIG SAMPER, M. A. (2013): *Crónica de una expedición romántica al Nuevo Mundo: la Comisión Científica del Pacífico (1862-1866)*. Madrid: Polifemo.
- REBOK, S. (1996): «Americanismo, ciencia e ideología: la actividad americanista española a través de la historia». *Anales del Museo de América*, 4, pp. 55-72.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L. A. (2008): «Antropologías para después de una guerra. Plenitud y declive de la obra antropológica de Pérez de Barradas (1939-1952)». En *Arqueología, América, Antropología. José Pérez de Barradas, 1897-1981*. VV. AA. Madrid: Museo de los Orígenes; Ayuntamiento de Madrid, pp. 399-431.
- SANCHIZ OCHOA, P. (1985): «El Archivo de Indias y la Antropología americana». *Archivo Hispalense: Revista Histórica, Literaria y Artística*, 68 (207-208), pp. 273-286.
- TODOROV, T. (2007): *La conquista de América: el problema del otro*. México: Siglo XXI.
- VÉLEZ, P. (2008): «Política e historiografía. El americanismo español hasta 1936». *Revista de Indias*, LXVIII (243), pp. 241-268.
- VILLARIAS-ROBLES, J. (1998): «La antropología americanista y la identidad nacional. El debate entre Juan Comas y José Pérez de Barradas (1949-1953)». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 53 (1), pp. 235-258.
- (2008): «José Pérez de Barradas como antropólogo americanista». En *Arqueología, América, Antropología. José Pérez de Barradas, 1897-1981*. Madrid: Museo de los Orígenes; Casa de San Isidro, pp. 433-453.